**La blanda respuesta quita la ira, pero la palabra áspera hace subir el furor.
Proverbios 15:1 – Una historia proverbialPor Ted Hildebrandt usando Chatgpt**

El sol se ponía, tiñendo el horizonte de la ciudad de naranjas y rojos, proyectando un sol cegador en el retrovisor de Daniel mientras conducía por la autopista abarrotada y congestionada. Odiaba la hora punta, sobre todo cuando las obras empeoraban el tráfico. Había un sinfín de paradas y arranques, el sonido de las bocinas y la tensión que parecía flotar en el aire como una niebla tóxica. Solo quería llegar a casa, calentar las sobras en el microondas y olvidar el mal día que había tenido.

Una camioneta negra se le acercó a toda velocidad por detrás, zigzagueando entre los coches, incluso usando el arcén para adelantar a los coches estacionados sin autorización. Daniel apenas tuvo tiempo de mirar por el retrovisor cuando la camioneta se desvió hacia su carril, cerrándole el paso tan de cerca que tuvo que frenar a fondo.

La ira le ardía en el pecho. Por reflejo, Daniel tocó la bocina y masculló una maldición en voz baja. El corazón le latía con fuerza cuando el conductor de la camioneta le frenó, como si le dijera con sarcasmo triunfal: «En tu cara, amigo, te llevo la delantera». Daniel se vio obligado a frenar de nuevo.

En el siguiente semáforo, Daniel se detuvo junto al camionero, que bajó la ventanilla. Era un hombre corpulento, con barba espesa y mirada ardiente, que le gritó: "¿Tienes algún problema? ¿Quieres hacer algo al respecto?".

El primer instinto de Daniel fue responder bruscamente, insultarlo y responder a la furia del hombre con la suya. Pero entonces, como una onda en sus pensamientos, la voz de su abuelo resonó en su memoria, de cuando solía pelear con su hermano: «Una respuesta suave calma la ira, Danny». Hizo una pausa y respiró hondo.

El rostro corpulento del hombre estaba tenso por la rabia, con los nudillos blancos sobre el volante, listo para un altercado.

Daniel bajó la ventanilla y gritó con calma: «Oye, disculpa si te asusté. Hay mucho tráfico, ¿verdad?».

El hombre dudó, sorprendido. Su mirada parpadeó.

—No intentaba presionarte —añadió Daniel con voz firme—. Solo intentaba llegar a casa antes de medianoche, como todos los demás.

La luz cambió. Por un instante, el camionero no dijo nada.

Luego asintió brevemente y con torpeza y murmuró: “Sí… tienes razón”, antes de acelerar el motor y marcharse, esta vez un poco menos imprudentemente.

Daniel exhaló, y el nudo en el pecho se aflojó. El tráfico seguía siendo un caos, con sus paradas y arranques, la ciudad seguía vibrando con su estrés habitual, pero la tormenta de ira había pasado; no porque alguien ganara, sino porque uno de ellos decidió que «una respuesta suave aplaca la ira». Había demasiada ira hoy, pensó. La respuesta suave era la mejor opción, dejándolo algo satisfecho consigo mismo.

Tras incorporarse a la siguiente salida y tomar un carril local rumbo a casa, Daniel sonrió levemente. El viejo y sabio proverbio del abuelo lo repitió, reafirmado en medio de la furia al volante de una autopista concurrida en hora punta: **una respuesta amable calma la ira, pero una palabra áspera aviva el furor (Proverbios 15:1).**